

Sin dirección

por Alejandro Alonso

Bajó despacio las escaleras amarillentas.

Atrás, probablemente, se quedaban muchas horas de trabajo intenso -o tal vez no-, de búsquedas personales, de ensayos, frustraciones, expectativas.

Ahora, lo sabía, empezaba lo peor.

Tres años estudiando interpretación. Otro, uno más, con la vaga esperanza de aprehender los entresijos de una extraña profesión llamada director de escena. ¿Y para qué?

“¿Teatro?”, habían exclamado en su casa cuando, tras muchas dudas, una carrera hecha y un rasgo de valor -o de locura- anunció su propósito: “Me presento a la Escuela de Arte Dramático”

“¡Teatro!”, dijeron sus amigos entre el asombro y la conmiseración. Quizás con unas palmaditas ambiguas en la espalda.

Se lanzó a la aventura.

Con un gesto que parecía decir: “veremos en qué para todo esto”, le dejaron hacer.

Aprobó los exámenes de ingreso.

Tres cursos -¡qué largos al principio, qué breves!- recorriendo el camino del actor, educando la voz, el cuerpo, el instrumento escénico. El viejo Stanislavski, como un fantasma, perseguía su sueño.

Al final aprendió que el Método es una pregunta cuya respuesta no existe. (Todavía hay quien anda buscando al personaje por esferas ectoplásmicas o psicodramáticas).

Representó un no importa qué en el pequeño escenario de la escuela. “¡Magnífico!”, dijeron.

Tonterías.

Breve pausa. Lo había decidido desde siempre. Se atrevió.

“¡Quiero ser director!”, sus palabras sonaron como una maldición.

Parientes y allegados arrugaron el ceño.

Trabajar. Ganar dinero. El teatro es un lujo para muertos de hambre.

Tonterías.

Ingresó en la misma escuela. Un año, sólo un año.

Concebir el montaje, dramaturgia y espacio, crear el movimiento, trabajar a/con/desde/para el actor.

¿El actor? ¡El actor! ¿Dónde están los actores?

Se enfrentaba a su propio reflejo de carencias en escena.

Acumuló conceptos. Vivió sin experiencias, comprimido en unos cuantos meses.

Desarrolló, entre nieblas, un pequeño espectáculo.

El texto. Los ensayos.

Junio-Final-Angustia.

Estrenar un no importa qué en el absurdo escenario de la Escuela.

El tiempo a contramarcha. Estrenar, estrenar.

Bajó despacio las escaleras amarillentas, midiendo los peldaños, uno a uno. Ciento cuarenta y cinco.

Arriba, cuarto piso, se le habían quedado cuatro años.

Un papel en la mano derecha certificaba el período de estudios. Y en su rostro se dibujaba la absoluta certeza del vacío.

Ahora, lo sabía, empezaba otra historia.

Tocar todas las puertas, arrebatar contactos, hacerse un huequecito donde crecer en torno a una falta de todo.

Suplir a golpe de intuición, por ósmosis de un Nombre bajo el que refugiarse, lo que una ausencia práctica le había escamoteado.

Esperar cuántos años para poder equivocarse libremente. Pagar las consecuencias.

Una bocanada de ansiedad le subió por el estómago.

Descubrió que el tiempo se le estaba escapando. Detrás de cada esquina acechaba el fracaso.

Aprender, crear... ¡Crear! Tal vez la nada.

Bajó lentamente las escaleras amarillentas, dejando tras de sí una estela de dudas no expresadas, quizás irresolubles.

Un papel en la mano. Un papel, nada más.

Afuera, la ciudad se mostraba bajo el sol del verano, mientras unas cuantas palomas grises picoteaban aquí y allá las migajas del suelo.

Quiso huir. Escapar de aquel país maldito que forjaba a los hombres a golpe de ignorancia, que implantaba una ley de vulgar medianía, que agostaba las artes, la cultura, el teatro con genialismos vanos.

Y empezó a caminar. Sin dirección.

COMPAÑIA LIRICA ESPAÑOLA



DIRECCION:
ANTONIO AMENGUAL

REPERTORIO

LA PARRANDA

AGUA, AZUCARILLOS
Y AGUARDIENTE

LA DOLOROSA

KATIUSKA

LA CALESERA

LA CANCION DEL OLVIDO

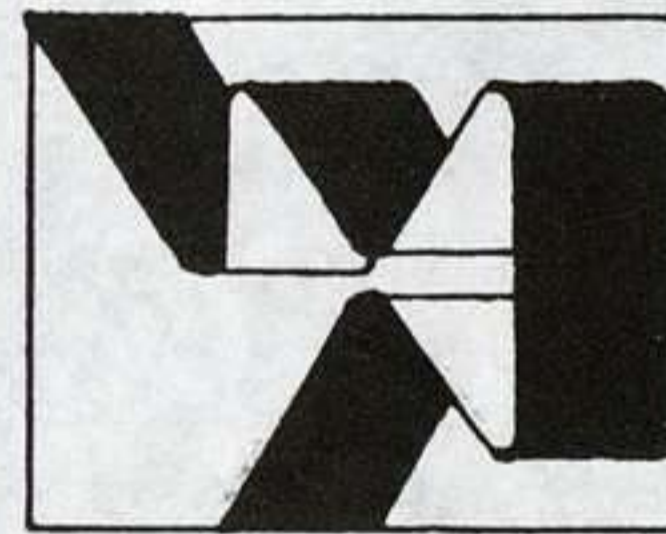
LUISA FERNANDA

LA DEL SOTO DEL PARRAL

LA CHULAPONA

LA LEYENDA DEL BESO

La Agencia de Viajes
colaboradora de la ADE



VIAJES

VIMANTOUR S.A.

GRAL. PARDIÑAS, 78
(ENTRADA PADILLA, 50)

TELES.: 401 36 62 - 401 39 98 - 401 38 01
28006 MADRID